

DE LA GLOSA A UN PASAJE DE G. MARAÑÓN, A LAS HORAS  
LATINAS

Por MIGUEL A. PIANTINI

Transcribo del sabio biólogo y médico español:

“Hay que saber, hay que sustituir el misterio de la sexualidad por la verdad del sexo; la castidad peligrosa de la ignorancia —que por no saber nada lo presume todo— por la castidad serena de la sabiduría. Por la moral no hay que preocuparse. La verdadera moral está siempre del lado de la luz, de la verdad”.

*Hay que saber.*

Imperativo que asoma en la intimidad del hombre ya en su niñez y que siempre lo inclinará a la busca del escurridizo “saber”. Ya los griegos situaban en la curiosidad o afán de saber, el comienzo del filosofar.

*Hay que sustituir el misterio de la sexualidad por la verdad del sexo*

No hay duda en que la sexualidad es un misterio y lo será —gracias a Dios— por los siglos de los siglos. Pero ¿de dónde saca el insigne Marañón “la posesión de la verdad del sexo” para sustituir o destruir la misteriosa sexualidad?

La verdad sobre el sexo y la sexualidad está ligada al “amor”, supuesto y motor del hombre, y que fue, es y será un tremendo arcano que ya inquietó a Platón y a San Agustín.

de arte que hablar del “misterio de la sexualidad” y de la “verdad del sexo” como de conceptos contrarios, siendo así que “aquella y éste” integran un solo e idéntico misterio, es mera ostentación retórica.

! Y pensar que tal confusión es lo que pretenden instilar en la mente y el corazón de los niños la turba de modernos sexólogos que padecemos!

*Hay que sustituir*

*La castidad peligrosa de la ignorancia —que por no saber nada lo presume todo— por la castidad serena de la sabiduría.*

Repito “la castidad peligrosa de la ignorancia” —que por no saber nada lo presume todo— fue la única castidad conocida por el hombre durante milenios, y porque la forjó a costa de presumir y rectificar, de caer y levantarse en su penoso peregrinar por el mundo, llegó a ser una virtud “radical” “óntica” no pegada someramente, como con alfileres, como esotra “castidad serena de la sabiduría”.

La castidad que origina el “saber sobre el sexo” no hay duda que es, castidad “óntica” y “radical” también, pero tiene que haber —hay evidentemente— mucho misterio en ese saber y mucha suposición asimismo; si no, sería “vano retoricismo”.

Ese vano retoricismo es, precisamente, lo único que suelen enseñar los sexólogos de marras; de donde, esa pseudo castidad que sucumbe fácilmente a las asechanzas del “eros” y que mancilla la conducta de tantos especímenes humanos en nuestros días.

¿Cómo transmitir, por otra parte, sabiduría sobre lo sexual, tan hondo y misterioso, a las inmaduras mentes de niños y adolescentes?

*Por la moral no hay que preocuparse. La verdadera moral está siempre del lado de la luz, o de la verdad.*

El bien, la verdad y la belleza sintetizan la suma perfección y componen la trinidad de ideas platónicas, que para el filósofo de la Academia tiene realidad concreta.

Pero ¿qué es la verdad? “Est vir qui adest”, es un hombre que anda, que se mueve, que es faena, historia. Por consiguiente, sí es problema la moral, porque un ser como el hombre, que

se supera, y que se trascienden continuamente, no puede llegar jamás a un conocimiento acabado de la moral.

La única moral digna de este hombre, es la moral abierta; o lo que es lo mismo, la que consiste en perenne planteamiento de problemas.

“La verdadera moral está del lado de la luz, de la verdad”. ¿quién lo duda? Salvo que la dicha verdad es tan sutil y huidiza como todo lo que atañe a nuestra vida. La verdad, la moral no son estáticas, sino dinámicas y dialécticas,! Como para enseñar con ellas, castidad a niños!

### *Develar, Desvelar, Develizar y Desvelizar*

El acto de descubrir una tarja o una estatua, muy usual en nuestros días, tan dados al “figureo”, se designa, según el suplemento de la décimonovena edición del diccionario oficial de la academia, con los nicaragüenismo “develizar” y “desvelizar”.

He aquí lo que dictamina a este respecto la docta corporación:

Desvelizar: v. tr. Nicar., develizar (del Lat. *develare*, levantar el velo) Descorrer o quitar el velo, descubrir.

Como se ve, de desvelizar nos remite a develizar, que parece ser, por tan honrosa remisión, la forma aconsejable.

Ahora pues, si estos verbos provienen del latín “*develare*” ¿por qué no “*develar*” en lugar de esos silvantes infinitivos, ni vulgares ni cultos, sino bolicultos? ¡Y hasta desvelar, podría con mucho mejor título que develizar, ostentar blasones de buen natío!

Algún sabihondo ha dicho por ahí que desvelar tiene otra acepción —la de quitar el sueño— y que, por lo mismo sería ocasionado a anfibología darle la de “*levantar el velo*” o “*descubrir*”.

Y hasta se refiere, a fuer de chiste de buena ley, lo que dijo, con motivo de cierta inauguración, un gracioso de los que se cuentan por docenas: “He oído decir que van a desvelar una estatua, pero ¿duermen las tales?

Como chiste, si bien insulso, pase, pero lo que no ha de pasar es esa pueril y cursi objeción de anfibología. El contexto

siempre allanará semejante escollo. (1)

La Doctísima Academia puede en éste, como en tantos otros casos análogos, registrar dos infinitivos idénticos, homófonos y homógrafos, en vez de uno: “desvelar” derivado de velo; y “desvelar” de “velar” “vigilia”, y así no habría que hablar de una nueva acepción, sino de dos verbos distintos. Lo de la confusión, repito, es una majadería.

El adjetivo “nimio” según el diccionario oficial significa, 1ro., excesivo, exagerado; y 2do., pequeño, insignificante. ¡Atame esos cabos, lector! ¡y hay quien se asuste por la nimia (pequeña, no excesiva) confusión de marras!

Develizar y desvelizar son nicaragüenismos; y como tales, sólo tienen vigencia en Nicaragua ¿Lograrán asenso en otras naciones de América y España?

Por acá los estamos usando a troche moche y en la misma cuantía con que el gobierno y algunas instituciones “inauguran” o “descubren” tarjas, estatuas y otras zarandajas.

He ahí dos verbos, “inaugurar” y “descubrir”, de rancio abolengo español, que bien podrían suplantar los dichos sibilantes localismos de Nicaragua.

Dice D. R. Alfaro en su Diccionario de Anglicismos, que en la inauguración de caminos y carreteras el “quid” del acto consiste en cortar una cinta o hilo. No obstante ¿quién ha dicho nunca que se invita a un “corte de hilo” o cinta”, o cosa por el estilo?

No, pero ya que los verbos en “izar” están de moda, invéntese el neologismo “deshilizar” o “dehilizar”, o “descintizar”, si lo que se corta es una cinta.

Claro que “descintar” o “deshilar” podrían cumplir la misma función con mucha más propiedad y corrección y ¡por

(1) En opinión de Bréal “la multiplicación de sentidos en una misma palabra — que los lingüistas llaman polisemia—no es, en general, un obstáculo en una lengua”.

Duzard dice que cuando vemos la palabra “ascensión” en la puerta de una iglesia pensamos en la de la virgen y no en la de un cerro.

El contexto o el contorno resuelven sin pizca de duda, cuál es el sentido de una palabra.

supuesto! con mucho mejor estilo, pero ¡es que estos verbos ya tienen otras acepciones!

*Resumimos:*

Para significar la “inauguración o descubrimiento de una tarja o de una estatua se vienen usando los siguientes verbos.

En toda o casi toda la “hispanidad” ¡

*Develar y Desvelar*

Develar, no obstante haber sido tachado de galicismo, es puro latín (develare) y no es por tanto recomendable.

Desvelar, de “des” y “velo”, tiene limpia estampa de dicción castiza y no veo por qué se le proscriba en la significación señalada.

La cacareada confusión con su homónimo y homógrafo desvelar (de “des” y “velar” vigilia), es pura filfa: el contexto basta para evitarla.

*En Nicaragua*

Estos neologismos, pese a la complaciente Academia, son “inútiles, ya que “desvelar” “descubrir” e “inaugurar”, hacen un papel mucho más airoso que los flamantes “desvelizar” y “develizar”.

Y si bien estos verbos están ahora arrellanados en las páginas del suplemento, ¿serán bien acogidos por el uso? ¿Saldrán del exiguo solar Nicaragüense?

Si tal sucediere, habrá que acatar la sentencia horaciana sobre el uso: “Jus et norma loquendi”.

*Sinonimia de los términos protervamente significativos:*

*Tiranía, Absolutismo, Despotismo*

Se ha dicho en lo antiguo, según testimonio de San Isidro, que los términos rey y tirano significaban una misma idea. Ya en tiempos del Rey Sabio, el vocablo tirano era definido en las Partidas del siguiente modo:

“Tanto quiere decir, como Señor que es apoderado en algún reino o tierra por fuerza, por engaño o por traición.”

Francisco de Quevedo en su “Marco Bruto” dice de los tiranos: “Son tan malos, que las virtudes son sus riesgos. Si prosiguen en la violencia, se despeñan; si se reportan, los despeñan; de tal condición es su iniquidad, que la obstinación los edifica, y la enmienda los arruina. Su medicina se encierra en este aforismo: O no empezar a ser tirano, o no acabar de serlo”.

Rey, por el contrario, siempre significó a través de centurias y milenios, electiva o hereditariamente, testa coronada por la voluntad de los pueblos.

Pero en el siglo XVIII empezó a caminar derechamente a su ocaso el astro de la monarquía.

Hoy en nombre de Rey conserva el esplendoroso brillo de siempre, pero los reyes, en el orden político, no son ya ni sombra de lo que fueron. Sólo en los certámenes de simpatía o belleza y para designar a ciertos poderosos magnates de la industria o el comercio, el nombre corresponde a una realidad que recuerda, si bien desvaídamente, el esplendor de otros años.

Oigamos a Roque Barcia, respecto del sentido de despotismo y absolutismo:

“El despotismo usa del poder violentamente; el absolutismo lo vincula en sus manos”.

Cuando compara entre sí los tres términos de este artículo dice:

“Tendremos pues que la tiranía es la usurpación de la autoridad.

“El despotismo, su violencia.

El absolutismo, su monopolio”.

Napoleón, usurpando una dinastía, fue tirano.

Enviando fuerza armada a un cuerpo colegiado inviolable por la ley, fue déspota.

Declarándose Emperador, fue absoluto.

La tiranía es injusta, porque es usurpadora; pero admite grandes ambiciones y grandes éxitos.

El despotismo es siempre ruin, porque es siempre opresor y cruel.

El absolutismo ha gobernado y gobierna hoy muchos pueblos.

La tiranía es delito; el despotismo atentado, el absolutismo, sistema”.

Muchos cometen entre nosotros y allende nuestros mares, la impropiedad —con que sin querer lo honran— de apellidar dictador al nefando tirano muerto a balazos el 30 de mayo de 1961.

Dictador se designaba a un magistrado que entre los antiguos romanos era elegido por los cónsules con anuencia del senado en los tiempos de peligro para que “mandasen como soberanos”.

Hoy califica a un magistrado con facultades extraordinarias.

Por donde se ve cuán desacertado es aplicar el término de dictador al siniestro Rafael L. Trujillo Molina. Aún el de tirano, que propiamente podría aplicársele, es inadecuado e insuficiente para calificar su insólita conducta como gobernante. Habría que decir o pésimo, o detestable o monstruoso tirano, no tirano a secas.

*Reloj, años, meses, días y horas. Horas griegas, horas latinas, horas actuales*

En tiempos de los primeros Antoninos tenía Roma cerca de dos millones de habitantes.

Si hemos de fiarnos del testimonio de los duchos en achaque de empadronamiento, tan crecido número, si bien parece cuantía excesiva para aquella remota edad, vivía a sus anchuras por lo que toca al discurrir del tiempo, pues las horas latinas, como las griegas, sus progenitores, ni hostigaban ni apremiaban a nadie: cada quídam campaba a su placer, sin quebraderos de cabeza.

“Reloj”, rotundo término de muy pocas letras (ya veís que no son más de cinco) y que sirve para designar esos artefactos primorosos con que medimos el tiempo escurridizo, viene de “horologium”, oronda y rolliza voz, que ha dado origen a la nuestra mediante transformaciones fonéticas y ortográficas que parecen increíbles y que, según Monlau, son las siguientes:

*Reloj*," Horologium: en g. horologium, reloj. c. de hora, hora, y legión, indicación; lego, anunciar, indicar. El francés dice "horloge", orologio el italiano, rellotxe el catalan y relojio el portugués. En la forma castellana hay aféresis del *ho*, permutación del *ro*. en *re*, y supresión del final *io*. E. du Meril muestra algunas dudas acerca del origen l., y sospecha si realmente será escandinavo, por ejemplo de "orloj". ley primitiva, destino, del noruego aarlaag, trabajo que se ha de concluir en un término fatal o determinado, etc. Sus dudas tienen, sinembargo, tan escaso fundamento, que no han hecho modificar la etimología latina".

*Horas latinas y horas griegas. Horas nuestras.* Ya tenemos trazado el árbol genealógico de nuestro "reloj". Las horas actuales vienen de las latinas, y éstas, de las griegas. El cuadrante solar de Meton, que sirvió a los griegos para medir el tiempo, contaba, en cierto modo, pacientemente las horas, y de aquí la razón del término "horologium", que quiere decir "cuenta horas".

Dice Carcopino, (la vida cotidiana en Roma): "Pero aquí terminan las analogías entre la manera de medir el tiempo de los antiguos romanos y la manera como lo hacemos nosotros. Tardíamente aparecidas en el día romano, las horas latinas, si bien llevaban el mismo nombre y sumaban el mismo número que las nuestras", eran en realidad muy diferentes.

Nuestras horas duran "sesenta minutos", rigurosamente medidos; las horas latinas, por el contrario eran desiguales: largas en invierno y cortas en verano. Solo eran iguales el día de lo equinoccios.

Además, los romanos, dice el mismo autor "experimentaron la necesidad de contar las horas del día dos siglos después que los atenienses, y, una vez que empezaron a contarlas, les llevó cien años el aprender a hacerlo correctamente".

"Un auxiliar de los cónsules (ibíd) estaba encargado de acecharlo (el paso del solo por el meridiano), para anunciarlo, luego que lo advertía, al pueblo que trabajaba en el Foro y sobre todo a los litigantes, pues éstos, para que las instancias fuesen válidas debían presentarlas al tribunal antes del mediodía (ante meridiem). Como las instrucciones del heraldo especificaban que el aviso había de darse cuando el astro se intercalaba entre la "rostra" y la "graecostasis", no cabe duda de que sus funciones eran de institución relativamente reciente; pues no hubiera podido hablarse de "rostra" antes

de la colocación en la tribuna de las arengas, como trofeo de la victoria naval obtenida por Cayo Julio en 338 antes de nuestra era, de los rostra o espolones pertenecientes a los navíos capturados a los antiatas, ni tampoco de graecostasis, edificio destinado a la recepción de las embajadas griegas, con anterioridad a la llegada de la primera de ellas, que fue según parece, la enviada al Senado por Demetrio Poliorcetes”.

Después, en tiempos de Pirro, se progresó algún tanto. Hízose otra división: la mañana y el premediodía (mane y ante merídiem); y el mediodía y la tarde (de meridie y suprema”). No se habla de horas, porque los griegos, o mejor dicho la historia, aún no había tenido a bien desasnar a los romanos en ésta como en tantas otras cosas.

Hacia el año 264 antes de Jesucristo Manio Valerio Mesala llevó a Roma, a título de botín, el cuadrante solar de Catania, sin ninguna modificación, pues el eximio general romano ignoraba que el “horologium” había de ser construído de conformidad con la altitud de cada urbe: Bueno, bonísimo para Catania, había de ser un rompecabezas para la “soberbia y opulenta roma”.

Sin embargo de ello, por más de tres generaciones, las horas señaladas para una altitud diferente, sirvieron a los romanos en sus quehaceres.

Ya hacía 164, gracias al censor Quinto Marcio Filippo. Roma tuvo un reloj adecuado a su latitud.

Pero ni en Grecia ni en Roma podían medirse las horas de la noche, porque el “horologium”, sólo marcaba las horas diurnas, no las nocturnas. El artefacto inventado por Ctesibio, denominado en latín “Horologium ex aquae” —reloj de agua— sirvió a maravilla para este menester.

Roma lo adoptó muy pronto.

Hoy dichos relojes apenas son una reliquia histórica.

*Horas nuestras y relojes nuestros:* —La clepsidra— reloj de agua— podrá ser útil para muchas cosas, inclusive para título de novela, más no para medir el tiempo.

Se dice que en los días de Augusto, “clepsydraril” (como si dijésemos, fabricantes de relojes), se mostraban tan diestros, que fabricaban relojes con primor y habilidad inigualables: los horo-

logios ex aquae descritos por Vitrubio poseían flotadores automáticos que para “dar la hora” lanzaban al aire guijaros o huevos, o bien producían silvidos de aviso.

Hogaño los relojes se han divorciado del sol y del agua motores que para nada les sirven, y se han echado en brazos de la técnica moderna, que los fabrica a porrillo y a pedir de boca.

Hoy los relojes siguen indicando o marcando las horas, pero ha querido el uso que estos verbos “indicar” y “marcar”, no se junten casi nunca con dichos artificios medidores. El verbo dar, por el contrario, ha tenido muhco mejor suerte.

Veamos, cómo en el transcurso del tiempo, hemos barajado las palabras para indagar la hora o para responder a la indagación ajena.

Don Andrés Bello nos dice (Gramática No. 777) “El verbo dar, aplicado a las horas, llevaba al principio sujeto y acusativo oblicuo: “Antes que el reloj diese las cuatro, ya yo tenía otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo” (don D. H. de Mendoza).

Callóse el sujeto, que era siempre uno mismo, y el verbo se hizo impersonal con acusativo oblicuo: “De esta manera anduvimos hasta que dio las once” (el mismo) De aquí la pasiva: Aún no eran dadas las ocho, cuando con vuestra merced encontré” (Id.) Decíase pues “ha dado las cuatro”, no “han dado”.

Aquí, —como en Chile, según don Andrés Bello— no usamos nunca el verbo en singular (callando el sujeto reloj), con acusativo oblicuo, por ej: “Juan vino al convite cuando ya habían dado (no había) las 12 de la noche”, que es el acusativo oblicuo el cuando el sujeto es reloj.

¿Que hora es? Se ha de preguntar siempre inquiriendo la hora, ya se espere una respuesta con verbo en sigular, ya en plural. Podemos, por tanto, responder “es la una”, o son las diez. Esta es la doctrina comúnmente aceptada.

No obstante lo cual, leemos en Roberto Restrepo:

“¿Que horas son? Veo con mucha frecuencia censurada esta frase, y que se aconseja decir ¿que hora es?.

No me allano a ese parecer. Casi siempre (con excepción de los momentos en que es la una y la una y media) se contesta “Son las tantas”, y preguntar por la hora en plural es concordar de

de antemano con la respuesta.

El uso ha hecho iguales las preguntas qué hora es y qué hora son. Pues sigámoslo”.

Bien mirado todo esto, hay su buen por qué de razón en los argumentos de Restrepo. Y como el uso es “norma del lenguaje”, si el uso lo demanda. ...

Si designáramos, como hicieron los romanos con su “horas latinas”, las nuestras con números “ordinales” y dijésemos: hora prima o primera, segunda, tertia o tercera, cuarta, etc., no habría cabida para los frecuentes escollos de concordancia que venimos examinando, ni mucho menos para solecismos como aquel que reza: ¿que horas son? son la una, o las unas.

Dice Rodolfo Ragussi, S. S. : “No dejarás de advertir que, en rigor gramatical, no debiéramos decir las dos, las tres, las quince, refiriéndonos a las horas, porque no son dos, ni tres, ni quince, las horas que se nombran sino la tercera, la décimoquinta, etc.

Pero ya se sabe que en achaque de numerales, preferimos la sustitución de los ordinales por los cardinales, y así decimos “ley 50” por ley “quincuagésima”, Lo cual, a mi humilde entender, antes merece elogios que reproches. Oid el trabalenguas siguiente:

Cuadrigentésimonoveno aniversario de la fundación de la Universidad de Santo Domingo, en vez de, como solemos decir, “cuatrocientos nueve aniversario”.

Siempre que quisiéremos expresarnos en castellano de buena cepa, hablaremos de las horas sin agregarles el numeral que las señale o indique, así, no ha de decirse jamás “las once horas”, “las quince horas”, como hacen los franceses cuando dicen, V. gr.: “Il est arrivé a dix heures”.

En Marcos de Abregón, citado por Ragussi, se lee; “Dió las once el reloj, y después las doce”, no las once horas ni las doce horas.